

Y con suma perspicacia va exponiendo la evolución de esa conquista en Bélgica, cuya característica saliente es acaso que ha ido sobreponiendo una reforma sobre otra, sin descartar completamente la anterior, con el resultado de que la legislación belga sea un verdadero muestrario de las sucesivas etapas porque ha ido pasando el sufragio en un siglo.

Nos prueba, el profesor Barthélemy que el sufragio universal no justificó las alarmas de los liberales que temían a la entrada de la democracia en la política como un factor de jacobinismo y anarquía. Por el contrario, advierte, la incorporación de las clases asalariadas a la ciudadanía completa, dieron más solidez a las instituciones.

La igualdad política crea la amistad entre las diversas clases sociales,

declara.

Siendo la política el arte de lo relativo, de lo transitorio, y también de lo complejo, un publicista de las tendencias ortodoxas del autor no podía por menos que ponernos en guardia contra los extremistas. Su aprobación de la actitud de los conservadores belgas se basa en la consideración de que éstos han comprendido que la forma política de su partido debía ser «conservación por el progreso». Y más adelante nos recordará que la política no es propiamente ni una ciencia exacta ni materia de lógica, sino más bien una psicología.

Los estadistas ingleses habían

descubierto esto mucho antes; y los políticos de todo el mundo lo han aplicado, bien que mal, por puro instinto. De consiguiente, no hay en la política cosa alguna que pueda ser tenida por definitiva; todas las instituciones se hallan de corrección permanente. Las soluciones de los problemas políticos deben ajustarse a las costumbres, al medio ambiente y sobre todo, a los tiempos, con lo cual queda dicho que no hay fórmulas de aplicación universal o invariable.

Cuando la tendencia de la época va a concentrar toda la fe perdida en un Estado-poderoso, que hará los milagros del porvenir, en vez de las divinidades destronadas, es saludable oír la advertencia de este especialista que nos previene que, en política las soluciones más simples son más de desconfiar.

Lo más sencillo son el despotismo y la anarquía. La libertad dentro del orden sí que es difícil y complicada.—E. M.

SOCIOLOGIA

HISTORIA SOCIAL DE CHILE, por
Domingo Amunátegui Solar.

Don Domingo Amunátegui Solar ha realizado el trabajo meritorio de darle forma orgánica a todas sus investigaciones bibliográficas y archiverales sobre la vida económica de Chile durante el período colonial, en este pequeño libro de síntesis que sule para el lector inquieto de hoy, el estudio de trabajos más minuciosos y prolijos del señor

Amunátegui como su profusa obra sobre «Las encomiendas de indígenas». Don Domingo Amunátegui es uno de estos investigadores minuciosos y honrados del pasado local que son tan frecuentes en la historiografía chilena; y sus libros en todo caso, ofrecen para el intérprete de la historia, una magnífica copia de datos, presentados siempre con orden. Aun pudiera decirse que las últimas obras del señor Amunátegui como su reciente volumen «Bajo la dominación española» y esta «Historia Social» (1) que ahora comentamos, han ganado en la forma de exposición y de criterio histórico. Es en un laborioso veterano de la investigación como el señor Amunátegui, un mérito de renovación digno de encomio.

Respecto al propósito, del señor Amunátegui al escribir este libro, lo expresa en un prólogo, donde—cosa extraña en un escritor tan escueto—no faltan algunas imágenes. Cree el autor que por sobre la historia brillante de los hombres públicos, debe escribirse la historia de los hijos del pueblo, que imprimen carácter a la comarca en que habitan. El pueblo, nos lo dice, el señor Amunátegui,

construye las ciudades, cultiva el campo, fabrica los paños y las telas, las vajillas de loza y los utensilios de vidrio, el sombrero y el calzado, los muebles de una casa y las maletas de viaje.

Esta enumeración de las «maletas de viaje» entre las cosas construídas

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1932.

por el pueblo, no carece de cierto efecto cómico. Cualquiera otro historiador de lo social hubiera mencionado empresas de más fuste que se nutren con la energía del pueblo: las salitreras o las minas de carbón y de cobre en Chile, pero esta indicación taxativa obedece un poco a la visión de lo «popular» que tiene el señor Amunátegui. El concibe el problema social desde un punto de vista jerárquico que halla su expresión económica más perfecta en el «artesano» tal como existió en la Edad Media y en nuestra época colonial; y parecen ajenos a su conocimiento los problemas del proletariado industrial cómo se han desarrollado en Chile en el presente siglo. En este sentido la parte más débil de su libro es la que intenta explicar la evolución social y económica del país después del desarrollo de la industria salitrera. El fenómeno del «proletariado industrial» no encuentra en él un intérprete. Una manifestación de la conciencia proletaria como la «huelga» merece más su rechazo que su explicación. Son

tremendos estallidos del populacho en Iquique y en Antofagasta, que pusieron en peligro la tranquilidad pública y hubieron de ser reprimidos con las armas de fuego (página 160).

Dentro de su concepto lentamente evolutivo del avance social, llega a pensar que el proletario urbano ha encontrado en el «conventillo» o «casa de vecindad» santiaguina una vivienda tolerable.

Los conventillos empezaron, más o menos, en la misma época en que

fué construída la población Ovalle (se refiere a una población obrera), y aunque en nuestros días han caído en descrédito, la verdad es que significaron un notable progreso. Del rancho al «conventillo» hay la misma diferencia que entre un coche de caballos y un automóvil (pág. 163).

La clase obrera y quienes tienen una visión económica más moderna de la sociedad, opinarán en este caso en una forma distinta a la del señor Amunátegui.

El libro tiene una verdadera utilidad para el estudio de los orígenes del problema agrario chileno y del apareamiento del «roto», o sea el proletario urbano. La idea tan arraigada entre algunos pensadores y políticos hispanoamericanos de la izquierda social como Mariátegui y Haya de la Torre, de que la revolución de independencia hecha en beneficio de las oligarquías criollas, no alteró sustancialmente la estructura económica de la sociedad, se confirma ampliamente con los datos que suministra este libro. Ya Juan Agustín García, hijo, el sociólogo argentino, había demostrado en su «Introducción a las ciencias sociales argentinas», obra escrita hace más de treinta años, cómo la legislación liberal que creó la Independencia, no fué para el proletariado urbano y rural, más provechosa que las viejas y paternas leyes de Indias. Si leemos en el libro de don Domingo Amunátegui cómo quiso resolver la organización del trabajo agrario, hacia 1620, el Virrey Príncipe de Esquilache, nos daremos cuenta de que la situación del «inquilino» no ha va-

riado nada o casi nada desde la época colonial. En el Reglamento del Virrey de Esquilache se disponía que

los inquilinos estarían obligados a trabajar anualmente ciento sesenta días en las faenas del fundo. El dueño de la hacienda debería suministrarles por todo el tiempo que estuvieran a su servicio, un pedazo de tierra, donde ellos pudieran sembrar un almud de maíz, dos de cebada, dos de trigo y algunas legumbres; y debería prestarles los bueyes y utensilios indispensables para el cultivo. El jornal de estos inquilinos sería de un real por cada día de trabajo, y deducido el tributo, el resto de los jornales debería pagarseles en un vestido de lana, en calzones de cordellate y en frutos de la tierra. Las mujeres y los niños en ningún caso estarían obligados al trabajo; y, si voluntariamente quisieran servir, deberían ser remunerados (pág. 71).

¿Cuántos dueños de fundo, cumplirán aún hoy, cerca de sus inquilinos, estas añejísimas disposiciones del Príncipe de Esquilache? Con el régimen republicano se abolió la esclavitud, el terrible derecho penal que ejercía el encomendero, pero la situación económica del trabajador agrario no mejoró. Aun su suerte y la del proletario urbano estuvo mucho más expuesta, pues la nueva sociedad rompió esos vínculos feudales, esa clientela de trabajadores alrededor de cada familia, que se había formado en la simple y patriarcal economía de la Colonia. Esta comparación de las clases trabajadoras antes y después de la Independencia, lo ha estudiado con especial sagacidad el argentino Juan Agustín García en su

citada obra sobre las «Ciencias sociales argentinas» y en el excelente libro de interpretación «La ciudad indiana».

En cuanto al libro del señor Amunátegui, ofrece para los investigadores de nuestro pasado económico, datos y noticias invalorable. Llena un verdadero vacío en la Historiografía chilena donde estos problemas de la Economía y del Trabajo, no habían merecido aún una atenta consideración. Cuando se refiere a problemas modernos como el del proletariado industrial, puede objetársele su criterio económico, pero en ningún caso la honradez y la claridad de sus noticias, y aun una forma de exposición más lograda que la de los otros libros del señor Amunátegui.—M. P. S.

LA PROPIEDAD.

La hora que permanece es sólo propicia para las preocupaciones sociales. El hambre, que ya está llamando en las cuatro quintas partes de los hogares chilenos, es una terrible, determinante y demolidora fuerza. Nada queda en pie. Ninguna institución pública traspasa, sin ser vulnerada, la onda revisionista. Quieren las multitudes encontrar un nuevo equilibrio económico que les permita subsistir en condiciones razonables, quieren realizar en el orden económico lo que el democratismo ha hecho en el plano político.

Si quisiéramos denominar este fenómeno con una sola expresión tendríamos que acudir a la creada

por José Ortega y Gasset: la rebelión de las masas.

Las masas de Chile, aguijoneadas por la necesidad y la incertidumbre, se han incorporado a la rebelión universal. Es la rebelión definitiva contra un sistema, elaborado durante siglos por sucesivas civilizaciones, que no pudo crear un nivel normal de vida sino para minorías aristocráticas.

El hecho de que estas contingencias ocupen todas las mentes da interés particularísimo a la memoria de Sergio Amunátegui Lecaros sobre *La Propiedad*.

Lo vital, el intrínquilis está precisamente en la propiedad. ¿Se debe respetar de manera absoluta este derecho? ¿Debe la propiedad ser una función social? ¿Debe socializarse bajo la potestad estatal o municipal? ¿Debe entregarse a colectividades de productores?

Amunátegui examina este problema desde sus orígenes. Expone todas las teorías existentes sobre el nacimiento de ésta en todos los pueblos, sobre las modificaciones que ha debido sufrir en la lenta evolución del régimen individualista al colectivista y por último, en un capítulo dedicado a Chile, estudia el problema local con cifras y datos convincentes para llegar a la conclusión de que se debe caminar hacia un franco colectivismo.

Cree que la crisis actual de Chile no podrá ser combatida con éxito sino en el plano agrícola. Impugna los intentos de parcelación por encontrar que no resuelven el problema, ya que los pequeños propietarios carecerían de los medios adecuados